Engáñase Vm., señor Zoilo, de poquito, me dijo á mí mirando á otro, porque yo escribo tan felizmente aquí y en cualquiera parte del mundo, como lo califican los repetidos aplausos que he merecido en el desempeño de los asuntos de todas las Academias que han oído mis poesías, y de las damas á quien las he enseñado, que no son pocas. Y para confundirle á Vm. más, oiga las cuatro décimas que escribí en la segunda Academia glosando aquella redondilla, que á todos pareció tan difícil como á mí fácil. Leyólas con toda circunspección, consonancia, número, medida y peso; y habiendo yo reparado en la primera, que sin reparo pude decirle que era como el cero, que por estar antes que las otras tres no hacía número, pasé sin contarla á escrudiñar la cuarta, y observé que al principio de ella dice: *Solo tiranos recelos pudieron dar muerte al pastor;* y después, al fin, solo que acompañaba el antecedente, diciendo *que le causaran muerte fiera, solo si su afecto viera á su Pastora sin fé,* y esto como quien no dice ni hace nada dejando hechas dos muertes, de que es delincuente cada uno por su camino; de que resulta que, pues la primera décima no entra en número, me queda la glosa por defectuosa en tres, y el solo repetido (que no solo es una muerte sino dos) vicioso,

tanto que me hizo juzgar
del pastor no compasivo,
que antes que de enamorado
que se moría de vicio.

Rodriguez que me oía y que todo lo quiere hacer bueno (y áun hasta sus mismos versos), me respondió á la censura tapando la boca al marquesito (que ya la tenía abierta para tragarme) con esta copla laudatoria en que, celebrándole, dijo:

con gran novedad compone
nuestro poeta al asunto
en un cuatro que hizo tres,
y en un solo que hizo duo.

No se dió por entendido el marqués, ni de la censura ni de la alabanza, sino que despreciando la primera y satisfecho de la segunda, se puso á leer el vejamen que escribió á Narciso por haberse enamorado de su propia imágen, que fué el asunto de ella con la precisión de quince coplas de romance, y habiendo oído una docena de ellas con la correspondiente y debida admiración, topé en la décima tercia, y en el último pie de ella, que decía: *Doña Eco, yo me río,* y luego advertí que este pie era corto porque sin ser agudo, no tenía más de siete pies, bastante medida para enterrarle en el vejamen (que donde las dan las toman), no pudiendo dejar de comerse el uno de ellos la sinalefa que, desde que ha dado en mondonguero, se come las manos tras ellas, y con

esta precisión y falta del romance del marqués (en cuya estatura va á decir mucho un pie más o menos) conocí que había dado por tierra toda la alabanza, que sin este defecto hubiera logrado sin duda. Y para que lo enmiende y no se queje de míde lo que después le sucediere, contra el papel que ha hecho y figura que ha dejado de hacer, le dije en amistad:

haga el marqués en Doña Eco
sinalefa, y sinó sufra
que le diga que sus versos
no hacen papel ni figura.

Dióme las gracias de este dictámen en que le puse; y en albricias de tan importante aviso, empezó á leer unas quintillas que, en la cuarta Academia Asamblea, escribió á la curiosidad que tuvieron, y motivo de ella, tantas hermosas deidades de Lima, de ir y venir á ver la ballena varada en los Chorrillos; y luego que leyó la primera que decía:

haciéndome están cosquillas
de conceptos una sarta,

juzgué que todas, por componerse de ellos, serían una niñería, y sin pasar á dejarle leer las demás,

pues al marqués los conceptos
le hicieron cosquillas, dije,
que son los de sus quintillas
todos conceptos pueriles.

Pasó por esta mortificación el marqués consolándose con el gusto de mostrarnos la circunloqueada Anagrama, que en la quinta Academia trabajó á los gloriosos nombres de Philipo quinto y Gabriela nuestros Reyes (que Dios guarde) y fué necesario advertirnos que la había escrito en lunes, que sinó habríamos creído que había sido en sábado; y confesando ingenuamente que no entendí tanta tropelía de voces ni la tuve por erudita (sobre tener tantas letras) y que me había dejado admiradísimo la que antes había leído y oido del señor don Pedro Joseph Bermúdez, en la cual, como en todo lo demás que escribe, logra el aplauso de lo docto y lo florido, me pareció compasivo que se le publicase al marqués esta copla.

En mi Anagrama le aviso,
pues llegué á compadecerle,
que para acertar en todo
en Bermúdez mude Brenes.

Díjome entonces Rodriguez (casi enfadado): —Ea, señor, aca, be Vm. por vida suya.— Ya acabo con el marqués, le respondí-

que no hago más que oírle otro mamometro que desenvaina de la quinta Academia en que pintó las perfecciones de una dama con alusión á otras tantas piedras preciosas. Tírónos con ellas al instante, y confieso lisamente que me dieron golpe por lo bien que las asentó todas. Díjome entonces Rodriguez: —pues si ahora no acertare los tiros el marqués, que me los claven en la frente.—Ande Vm., le respondí y no quiera, soberbio y vano, hacerse gigante con un niño, y repare en la séptima redondilla.—Pues ¿qué hay que reparar, me dijo, en ella? Respondíle:—pues eso me pregunta Vm? No ve Vm. que hablando con la nariz, á quien le aplica la perla, dice de ella, *y siempre que llego á verla—parece la peregrina?*—Pues no lo dice muchas veces bien y cortesanamente?—replicó:—No dudo yo, le respondí, que ha andado reflexivo y prudente en individualizarla con la huérfana, que á no topar con ella se podía recelar con mucho fundamento que el poeta nos hubiera puesto á la dama sin duda con dos narices, y habiendo tratado a la una con el epíteto de peregrina, no puedo dejar de prevenirle que

de la dama la nariz
que pintó estará quejosa,
porque siendo peregrina
caminará para Roma.

Ea, señor, vamos de aquí, que Vm. se ha detenido tanto con el marqués que le ha de faltar tiempo para buscar á los demás poetas. Díjele: tiene razón, amigo, vamos; pero

que el marqués me detuviese
tanto, tu atención no extrañe;
porque por más que he querido
nunca he podido halagarle.

TALÍA Y DON JERÓNIMO DE MONFORTE Y VERA

Fuimos de allí al tercer nicho que se seguía, y en él observé la estátua de la sazonada Musa Talía, que estaba graciosamente sentada sobre una tarima cubierta de un paño de diestra imaginaria preciosa de la China, con el dedo índice de la mano derecha levantado, teniendo en la izquierda una máscara con algunas otras á sus pies, tan naturalmente vivas que parecían animadas. Junto á ellas se divisaban violines, sonajas, tamboriles, gaytas gallegas, castañetas, y con mayor singularidad, la guitarra que la distingue, y otros instrumentos musicales y cómicos; y entre lo lejos de la perspectiva de su dosel (que se erigía entre dos columnas salomónicas, de sólido y lúcido lapislázuli) diferentes personajes de hombres y mujeres que, con festiva unión y concurrencia amigable, ejecutaban diversos bailes y danzas, con diestros lazos que desataban con lijereza, y bien dispuestas mudanzas que ejecutaban con arte, y sobre la cenefa de su magnífico dosel se leía en un cartel, de fondo nácar con letras de plata, este rótulo:

Burlas canto y grandes veras
miento, que yo siempre he sido
sermón estoico vestido
de máscaras placenteras.
Del donaire en mi ficción
cuide, pues, quien fuera sabio,
que lo dulce sienta el labio
y lo ácido el corazón.

Llegóseme Rodríguez diciéndome:—Ya estará Vm. informado de que debajo del rozagante manto sagrado de Talía, estará escondido algun poeta de los que Vm. busca.—No hay duda en eso, le dije, y estoy en ello tan cierto que ya veo asomar por entre los paños de él (como si fuese por debajo de algún escotillón) á nuestro cómico y agudo Monforte, á quien su musa protectora no podía dejar de inmunizarle en este lance tan apretado y laberinto de confusión para sí.—Qué lance tan apretado, ni qué haca, ni *el laberinto de Creta*, (pronunció Monforte, que ya salió á hacer su papel en títulos de comedias, en fuerza de las que escribe y del influjo de su musa, en cuyo estilo será preciso oirle y responderle con más plumas en sus manos blancas, porque con efecto es hombre de *palabras y plumas*, siendo así que antes hacía *el galán encubierto)* ha de haber para mí que me asuste ni me haga abrir el ojo, en éste ni en cualquier otro de *los empeños de una casa?* El Vejamen, respondió *el Alcalde de Zalamea*, Rodríguez, que ha de darle el Fiscal á Vm. ahora de contado, dejésele dar Vm. muy en hora buena, que, cuando se le haya dado enteramente, verá que habrá sido *darlo todo y no dar nada*, á más de que

el diente de su Vejamen
yo no temo, aunque sea lobo;
pues lo soy, y sé que *nunca*
se muerden lobos con lobos.

La ocasión hace al ladrón (1), replicó Rodríguez, y en esta de hoy no se fíe Vm. de él que, no obstante su *amistad y obligación* en estos casos *no hay amigo para amigo*, ni sirve de cosa alguna *el poder de la amistad*, y temo que si Vm. se olvida (por ser su boca de risa y mansedumbre) de aquel *guárdate del agua mansa*, le ha de apretar á Vm. tanto los cordeles, que digan todos que su Veja-

---

(1) Todas las frases en cursiva son títulos de comedias del teatro antiguo español conocidas en Lima.

men para Vm. haya sido *el garrote más bien dado*. Andar, dijo Monforte, que *mañana será otro día*, y entonces se verificará aquel *yo por vos y vos por otro;* y en mis versos sepa Vm. que no ha de hallar no solamente la prueba, pero ni aún *los indicios de la culpa*. —Mire Vm., le dijo Rodríguez, que hay quien nos avisa que *en el mayor imposible nadie pierda la esperanza*, y podrá ser..... No podrá ser, dijo Monforte.—*Ello dirá*, replicó el primero. *Allá se verá*, dijo el segundo. Y yo que observaba la porfía de entrambos, y con ella *la fuerza del natural* de cada uno, que tan para el otro era el parecido, dije entre mí: aquí mejor es *callar hasta la ocasión;* porque viendo que no *entre bobos anda el juego*, puede ser que se descubra sin los *riesgos y alivios de un manto* (bajo del cual quede encubierto como *el escondido y la tapada*), *la verdad sospechosa;* y entonces averiguaré mejor, y con más certeza, las culpas de este lucidísimo poeta para ser, de sus versos en mi Vejamen, *el valiente justiciero;* mientras que cada uno de los suyos presume ser, en aseo de voces y compostura de metros, *el lindo don Diego*, y en la delicadeza de los equívocos y conceptos *el licenciado Vidriera*, oí que continuaba diciendo:—Ea, señor Don Jerónimo, muéstrenos Vm. algo de lo que ha escrito en estas Academias de Palacio; y no quiera guardarlo todo en *el alcázar del secreto*, que tengo entendido que á todos tienen admirados sus poesías, por lo cual califican á Vm. de *el mónstruo de los jardines* de él, reduciéndolos á un verdadero Parnaso, mereciendo Vm. muy de justicia *el laurel de Apolo. Lo que puede la aprensión*, dijo *el Eneas de Dido*, cuanto modesto Monforte; yo soy el mínimo de todos los concurrentes y *el menor de los pequeños* (aunque conozco que vienen entrambos á hacer conmigo el oficio de *los jueces de Castilla)*, les leeré á Vms. los de las cinco Academias primeras, volviendo por mi punto si acaso algún ignorante los hubiera censurado; porque *lo primero es la honra*, y si no volviera por la suya, no pudieran ser tan valientes como son, porque *sin honra no hay valentía*.—Ea, pues *trampa adelante*, dijo Rodríguez, y lea Vm. Como *la ocasión hace al ladrón*, yo la tuve de no negarme á escuchar para saber si *el acaso y el error* me producían materia para desempeñar mi comisión, sin que me llevasen á ella á fuer de *buen ministro y buen fiscal*, ningunos *afectos de odio y amor*, sino la precisa obligación de hacer cada lo que debe; porque en ella, antes que cualquier respectos, *primero soy yo*, considerando también que cuando no consiguiese más, al oir á este insigne Pastorfido, que *dar tiempo al tiempo*, no había hecho poco con haber hecho la diligencia de vejarle. Juntámonos así los tres, aprendiendo *cada uno para sí* que éramos Monforte en lo cómico, Rodríguez en lo universal, y yo en lo ministro, *los tres mayores prodigios*. Y hecho silencio por una voz que se oyó que decía *Basta callar*, nos quedamos Rodríguez y yo tan sin habla, que *el amante mudo* fué niño de teta para con nosotros. Entonces fuénos preciso hacerlo así por obedientes, y también

para *saber del mal y del bien*, porque la viña no dejaba de tener *uvas, pámpanos y agraz;* y en fin, porque *no hay cosa como callar;* y luego al instante el *Faetonte, hijo de Apolo*, ó el mismo Monforte, se puso á leer, con gran claridad y aplicación, el soneto que con pies forzados escribió en la primera Academia, y nos dijo: ¿qué les parece á Vms? cuan bien desempeñado está el asunto sin deber nada á nadie! Díjole Rodríguez: siempre he creído yo que ni á él ni al soneto le había de coger prenda nadie ni prestarle voz ninguna que pudiese ponerlo en estado de recobrarla.—Tengan Vms. dije yo y no me hagan el bobo, porque áun cuando *un bobo hace ciento*, serán otros noventa y nueve con Vm. y no ha de contar conmigo nadie:—Pues sobre qué es todo ese enfado, señor Don Quijote de la Mancha? me dijo á mí Monforte, hecho de enojado, como *la fiera, el rayo* y *la piedra*, ni para qué da tantas voces?—Yo no las doy, señor mío, sino que riño á Rodríguez, le respondí, y me burlo de él viendo que ya tiene su soneto de Vm. por un encantamiento, siendo así que para mí es *el encanto sin encanto*, y que le tengo por muy malo.—Pues por qué? me dijo todo azorado y hecho un *Luis Pérez el gallego*.—Yo se lo diré á Vm.; ¿no repara Vm. que en el segundo cuarteto de él dice así:

Aunque estaba Miguel algo ronquillo
Telesphoro admiró con voz más fina?

—Sí señor, así observé que decía; pero ¿qué tenemos con eso? —Mucho tenemos, y tanto como conocerá Vm. si atiende al juicis que he hecho de haber incluído en el proceso de su soneto los dos personajes mencionados, que son voces de la capilla real de Palacio, y así oígame Vm. y no tema que sea temerario ni sin fundamento, aunque ninguno de los dos sea bajo, el cual es así como se sigue:

De Telesphoro y Miguel
á su soneto compone,
y fué por que tan mal pleito
lo quiso meter á voces.

También por la voz allí dicha, había yo oído decir, me respondió *el príncipe constante* en asistirme, Rodriguez; pero que *la desdicha de la voz* comprendiese á Monforte tuve por ficción y fábula del *jardín de Palestina* ó de *los encantos de Medea*. Oyendo estas razones, nuestro Monforte dijo en voz alta: Señores, Vms. que tanto se parecen á los filósofos de Grecia en las máximas que asientan, sepan que si se dijo que á *secreto agravio, secreta venganza*, aquí digo yo al revés (como siempre) *á pública ofensa pública satisfacción*. Oigan Vms., en abono de mi númen y crédito de mis versos, la glosa que hice en cuatro décimas á la redondilla de la segunda Academia, que yo aseguro que por más que *el pretendido*